

PREMIO JAVIER CARVAJAL 2014
MARIO BOTTA



TRES MOMENTOS DE UNA TRAYECTORIA PROFESIONAL

Es un placer y un honor estar aquí en la Escuela de Arquitectura de Pamplona para pronunciar unas palabras sobre la personalidad del arquitecto y amigo Mario Botta. No quisiera empezar mi presentación enumerando los muchos méritos de un currículum interminable. Ni tampoco es aconsejable en mis breves palabras dar cuenta de la importancia, la riqueza y la complejidad de su obra arquitectónica y pedagógica. Ustedes pueden encontrar una información más precisa y más extensa con sólo hacer una rápida búsqueda en el internet de sus teléfonos móviles. Pero sí quiero resaltar algunos pasajes; momentos afortunados que se suceden a lo largo de su trayectoria profesional.

1. Primer momento: los inicios, años 60

Si enseñamos lo que sabemos, y sabemos lo que hemos aprendido, Mario Botta tuvo la suerte o la habilidad de poder seguir los consejos de tres grandes maestros de la arquitectura mundial: Le Corbusier, Louis Kahn, Carlo Scarpa...

Así, se formó en la admiración de Le Corbusier y conoció la vitalidad y la firmeza de sus certezas cuando colaboró en 1965 en el último proyecto del maestro: el Hospital de Venecia. Así como se apoyó en el reconocimiento de la historia y las formas poderosas de Louis Kahn cuando trabajó en el proyecto del Palacio de Congresos del Lido veneciano. Y pudo seguir los consejos de Carlo Scarpa, el tutor de su diploma final de carrera. Con él aprendió el gusto por el detalle y la perfección de los acabados. Es indudable que el joven Mario Botta tuvo unos inicios afortunados al estar en contacto con estos grandes arquitectos. Sin duda alguna, Le Corbusier, Louis Kahn y Carlo Scarpa tuvieron una gran influencia en el transcurso de su trayectoria profesional.

2. Segundo momento; los años 70

A partir de los años setenta, cuando estuvo en la cumbre de la arquitectura del Ticino, en primera fila junto a: Aurelio Galfetti, Luigi Snozzi, Livio Vacchini...

Un grupo de arquitectos, cuya amistad y mutua admiración les ha permitido colaborar entre ellos a pesar de ser tan heterogéneas sus arquitecturas, tan distantes y a la vez tan complementarias. El conjunto de sus obras no solo ha potenciado la cultura suiza, sino que ha sido un referente de la arquitectura europea y mundial durante más de 40 años.

3. Tercer momento: los años 90

Cuando planificó y creó una de las escuelas de arquitectura más atractivas que existen: la Accademia di Architettura di Mendrisio. Estarán de acuerdo conmigo en que fundar una nueva Escuela no es sólo una cuestión de ambición y entusiasmo, sino un empeño cultural que más allá de lo arquitectónico se proyecta como un servicio a la sociedad. Déjenme abrir un paréntesis y dar mi testimonio de lo que es la Accademia di Mendrisio. En el año 1995, Mario Botta me habló por primera vez de la Escuela que estaba organizando y de la posibilidad de que entrara a formar parte de ella como profesor. En aquellos momentos no podía ir, pues estaba comprometido con la Escuela de Lausanne. Dos años más tarde, ya con la Escuela en funcionamiento y Aurelio Galfetti como director, volvieron a pedírmelo y me comprometí por un año, que finalmente se alargó hasta que me retiré el 10 de mayo de 2012 al cumplir 70 años. Debo afirmar que fue una extraordinaria experiencia colaborar durante casi 14 años en el desarrollo de esta nueva Escuela. Era fácil trabajar, a pesar de lo exigente que es enseñar en Suiza, ayudado por jóvenes asistentes, para dirigir un taller de proyectos para un reducido número de estudiantes. Pocos estudiantes y grandes medios, una de las claves del éxito de la Accademia. Al principio, en los espacios del Turconi, el viejo hospital de Mendrisio y a partir del año 2000, en el moderno edificio del Canavée. Fue un privilegio enseñar allí. Y, sobre todo, poder estar en contacto con los otros profesores, arquitectos de reconocida valía. No sólo con Mario y Aurelio Galfetti sino también como Peter Zumthor, Marc Collomb, Alfredo Pini, Panos Koulermos; o con historiadores y humanistas como Kenneth Frampton, Joseph Rykwert, Ignasi de Solà-Morales, Jacques Gubler, Leonardo Benevolo, o Massimo Cacciari.



Mario Botta recibe el 'Premio Javier Carvajal 2014' de manos de José Ángel Medina, director de la ETS de Arquitectura de la Universidad de Navarra.

Y en aquellos primeros años, no faltaron las aportaciones esporádicas de Luigi Snozzi o Livio Vacchini, con sus interesantes y siempre sagaces críticas. Más tarde, cuando la escuela creció, se incorporaron: Valerio Olgiati, Valentin Bearth, Manuel y Francisco Aires Mateus, Quintus Miller, Jonathan Sergison, Christian Sumi-Marianne Burkhalter. Y tantos otros que desde distintos países y distintas culturas, habíamos llegado con la ilusión de fortalecer el funcionamiento de la escuela, transmitir nuestras experiencias y aprender todo aquello que flotaba en la atmosfera de la Accademia. Transmitir y aprender, he aquí el fundamento de la enseñanza y la razón de ser de cualquier escuela.

Y todo ello se debe al empeño y a la capacidad de convencimiento de Mario Botta, con la ayuda de Aurelio Galfetti, su primer director durante 10 años. Así se construyó una escuela que quería formar "arquitectos como nosotros" (architetti come noi), tal como comentaba coloquialmente Mario Botta; arquitectos que finalizaban sus estudios con la capacidad de pensar, dibujar y controlar el proceso de construcción de un edificio.

Y quiero recalcar este punto porque al menos en nuestro país se está poniendo en cuestión este proceso. La amenaza de un anteproyecto de ley de servicios profesionales elaborado por el Ministerio de Economía así lo indica. La figura del arquitecto va perdiendo peso y su campo de actuación va quedando cada vez más delimitado. Es evidente que la construcción de la ciudad es un trabajo colectivo, fruto de la colaboración de diversos profesionales: ingenieros, sociólogos, economistas, abogados, y un largo etcétera. Pero es sobre todo gracias al trabajo, la responsabilidad y la capacidad de síntesis que tenemos los arquitectos lo que da la calidad a la obra construida.

Por otra parte, es conveniente resaltar el carácter cultural que siempre ha identificado a la buena arquitectura y que debería continuar en el futuro con unos profesionales que tengan capacidad sintética y visión humanista: capaces de entender la relación entre un edificio y su entorno; donde converjan la habilidad compositiva con los aspectos constructivos; donde estos tengan tanto valor como la cultura del territorio; donde la imaginación plástica, favorecida por el mundo de las ideas vaya al lado del conocimiento del oficio de hacer las cosas bien hechas; sin olvidar el conocimiento de la historia y por supuesto de las cada vez más exigentes normas de sostenibilidad y control del gasto energético.

Mario Botta y Esteve Bonell.



En un interesante artículo, Mario Botta ha escrito últimamente sobre la “Necesidad del arquitecto generalista” como fundamento de la enseñanza en la Accademia de Mendrisio. A pesar de la contradicción y el anacronismo que pudiera parecer, se propone la defensa de los estatutos del Movimiento Moderno por lo que respeta a la capacidad del arquitecto de sintetizar conocimientos. Como invitaba Muthesius a practicar arquitectura “de la cuchara a la ciudad” o recordando las afirmaciones de Mies van der Rohe o Carlo Scarpa cuando reconocían que “Dios está en el detalle”. Esto significa la necesidad de proteger el conocimiento generalista del proceso arquitectónico siguiendo las diferentes escalas del proyecto para mantener la unidad del mismo desde los planteamientos iniciales hasta el resultado final.

Mario Botta termina su escrito con estas palabras: “la necesidad de un papel poético potencia una figura generalista, la única capaz de afrontar las paradojas más inquietantes del mundo actual, donde el proceso de modernización técnica conduce a la degradación social. La resistencia a la especialización de los conocimientos se justifica como alternativa a la globalización salvaje que condiciona la experiencia cultural del hombre contemporáneo. Cuando nació en Mendrisio hace casi 20 años la Accademia, estas consideraciones eran intuiciones de escenarios que después han crecido exponencialmente en los últimos 10 años. Hablar del arquitecto generalista es el testimonio, hoy, de que el proyecto intelectual, pedagógico y profesional que entonces se propuso ha encontrado en este momento su razón histórica”.

Por todo ello quiero resaltar, y finalizo, que se otorga el Premio Carvajal a un gran maestro de la arquitectura, comprometido con la profesión, comprometido con la enseñanza y, sin lugar a dudas, comprometido con la sociedad de nuestro tiempo.

*Gracias, Mario, por tu generosidad y optimismo.
Enhorabuena.*

Esteve Bonell, arquitecto
Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. Pamplona, 7 de mayo de 2014